

Globethics Repository



La Crisis Ecológica [The Ecological Crisis]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Roberts, Dayton
Publisher	Kairos
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-12 15:36:42
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/202758



LA CRISIS ECOLÓGICA: una laguna alarmante en nuestra agenda misionológica

Por Dayton Roberts

Hemos poblado en exceso, sobrecargado y explotado nuestro planeta hasta el punto de destruirlo. En efecto, algunos científicos afirman que ya está agonizando. Un congreso mundial en Brasil ha definido las dimensiones masivas de nuestra crisis ambiental.

¹ Pero a muy pocos evangélicos, aparentemente, les preocupa.

¿Por qué no se encuentra la crisis ambiental dentro de la visión misionera de los evangélicos hoy en día?

El *Pacto de Lausana*, originalmente redactado en 1974, se ha tildado como la “carta magna” del evangelicalismo contemporáneo. Pero escasamente insinúa la crisis ambiental que

² experimentamos. Hay un solo párrafo que ligeramente reconoce responsabilidad humana alguna en relación con el desbarajuste ambiental, aunque hace caso omiso de sus causas y resultados ecológicos.

Todos nos sentimos sacudidos por la pobreza de millones de personas y perturbados por las injusticias que la causan. Los que vivimos en situaciones de riqueza aceptamos nuestro deber de desarrollar un estilo de vida simple a fin de contribuir más generosamente tanto a la ayuda material como a la evangelización.

Y luego, en sus últimos párrafos, el *Pacto de Lausana* declara:

...Esperamos con gran expectativa ... los nuevos cielos y la nueva tierra en los cuales morará la justicia y Dios reinará para siempre.

Eso es todo. Ninguna referencia --específica, por lo menos-- a los recursos agotados, las cuencas contaminadas, las especies desaparecidas, la atmósfera contaminada, los suelos lavados y desnutridos, los bosques talados, la pesca excesiva, la agricultura química, los desiertos crecientes y una multitud de otros factores ambientales que han alcanzado una proporción crítica y alarmante. Ninguna referencia, tampoco, a las poblaciones en aumento incontrolable, a las lluvias ácidas persistentes, a faltantes de agua en muchos sectores, a ninguno de los factores globales que destacan la crisis devastadora en que nuestro planeta se está zambullendo.

Desde luego, no debemos sentir sorpresa ante esta omisión. Tiene muchos precedentes. Ninguno de los credos comunes de la iglesia cristiana ha tomado en cuenta específica la mayordomía de los seres humanos sobre el mundo natural creado por Dios.

El *Credo apostólico*, por ejemplo, usado en muchas iglesias, tanto católicas como protestantes, define la salvación sencillamente en términos de una espiritualidad individualista: “Creo en el

Espíritu Santo, la santa iglesia católica [léase *universal*], el perdón de los pecados, la resurrección del cuerpo y la vida sempiterna”. No dice nada de la maldición que Dios impuso a la tierra por causa del pecado de Adán, ni de que “gime” el *cosmos* --al igual que los humanos-- por su redención. Tampoco habla de la futura liberación del mundo y de que será remplazado por nuevos cielos y nueva tierra. La realidad del medio ambiente está marginada.

La situación del mundo hoy en día ya no permite semejante negligencia de nuestra parte. Ya no se puede perdonar la ignorancia de nuestra responsabilidad frente a los ecosistemas del mundo. Dios nos ha puesto en el mundo de su creación como mayordomos, sacerdotes y mensajeros. No nos queda otra alternativa. Tenemos que revivir inmediatamente la doctrina de la mayordomía, arrepentirnos de nuestra explotación egoísta de la naturaleza y sus recursos, trabajar para proteger de mayores daños el ambiente y hacer lo posible para restaurarlo. Solamente así podremos honrar a Dios con nuestro servicio obediente. De estas obligaciones, aparentemente, no nos damos cuenta.

Una crisis de estrangulación lenta

Sin duda, usted me pregunta: ¿Por qué insiste en que el medio ambiente está en crisis?

Si entendiésemos correctamente los hechos de la historia y la condición actual del mundo, no tendríamos que hacer esta pregunta. La contestación vendría por los millones que pasan hambre mortal en Africa, continente que consume más alimento que el que produce, o por las víctimas de las inundaciones en Bangladesh, donde los monzones tragan sus suelos y sumergen sus fincas. Se nos proclamaría por la desnudez de las lomas y montañas de Nicaragua, por la “africanización” de la bella isla de Haití, por la desaparición de los bosques y arrecifes de corales en las áreas tropicales del globo. Se nos manifestaría en la agravación de desastres naturales por las concentraciones imprudentes de habitantes, en el descuido de las cuencas y pantanos, y en el aprovechamiento excesivo y destructivo de fincas y potreros.

Es verdad que Jesús hizo declaraciones como “los pobres siempre estarán con vosotros” y que “habrá guerras y terremotos y hambrunas hasta el fin del mundo”. Pero podemos culparnos sólo a nosotros mismos por la exacerbación de estos desastres naturales y por los “ecodisparates” que multiplican su impacto y sus consecuencias en el medio ambiente hoy en día.

En efecto, hay dos factores básicos relativamente nuevos en nuestra experiencia: nuestra crisis es global y el impacto humano sobre la naturaleza es inmenso. Estos factores complican nuestros problemas ambientales, creando una crisis sin precedentes.

Hoy la crisis ecológica es global

La ecología como tal es una ciencia que hace muchos años que está con nosotros. Pero hasta la década de 1960 fue considerada como nada más que un campo esotérico de investigación para botánicos y zoólogos que estudiaban las plantas y los animales en sus propias regiones o contextos.

Se pensaba en aquel entonces que los problemas de supervivencia y de sustentabilidad eran locales en su naturaleza, que cualquier interrupción de los ciclos de los ecosistemas era regional y que ellos se corregirían por sí solos.

Esto, sin embargo, fue verdad solamente en parte. Dice Eugene P. Odum que en la década de 1960 la ecología experimentó una “revolución de actitud histórica” y que para ese entonces había crecido hasta incluir “la totalidad del hombre y su ambiente”. Cuando llegó el primer Día de la Tierra,

en 1970 --declara Odum--, los científicos habían llegado a darse cuenta de que la humanidad entera

estaba cara a cara con algunas limitaciones últimas del planeta más bien que con simplemente

mermas y escaseces locales.

3

Ya era claro que la crisis del medio ambiente se manifestaba como general y global, y no como intermitente y local. Las lluvias ácidas, la polución de ríos y océanos, las inundaciones, la desertificación, la desaparición de especies como también de reservas marítimas, minerales y forestales no reconocieron límites geográficos ni políticos. Y la suma de todos estos desastres constituye una crisis universal.

Hoy el impacto humano sobre la naturaleza es inmenso

Este segundo factor mayúsculo en nuestra situación actual es más peligroso que el primero. Lo anticipó hace dos siglos Robert Malthus, y más recientemente Paul Ehrlich, el Club de

4

5

Roma y otros. En términos sencillos: la rápida explosión demográfica global de este siglo no tiene precedentes y va casi más allá de nuestra capacidad de comprensión y, mucho menos, de control.

Al Gore, vicepresidente de los Estados Unidos, lo ha expresado en forma dramática: “En el curso de una vida humana --la mía-- la población del mundo aumentará de dos mil millones a nueve mil millones, y ya ha pasado la mitad del camino”.

7

En vista del carácter no desarrollado del Tercer Mundo, de la actitud de consumo y la voracidad del Primer Mundo, y de la pobreza y hambruna de los millones de marginados, es justo preguntar: ¿Cuánto más puede aguantar nuestro planeta?

Por lo tanto, declaramos que la actual crisis ambiental no sólo es global sino que crece tan rápido la población de la tierra que no podemos vislumbrar ningún alivio. Este es el doble golpe que experimentamos hoy. La tecnología --la “revolución verde”, los bancos genéticos, el poder nuclear, la química de alimentos, etc.-- ha logrado hasta cierto punto postergar el desastre. Pero con frecuencia la tecnología crea tantos problemas como soluciones.

En resumen, se hace clarísimo que la línea de la gráfica que representa la vida sustentable sobre la tierra declina precipitadamente. Un estado de sobrecarga nos amenaza. La estabilidad --en el crecimiento de la población y en el desarrollo de los recursos-- sigue siendo un sueño remoto y efímero.

Por consiguiente, afirmamos que la ecología tiene que encontrar su propio lugar en la agenda misionológica. Nos es menester construir un marco teológico para tratar adecuadamente los problemas de la escasez, el riesgo y la ética ambiental que ya son parte de nuestra vida diaria y pronto presentarán a cada cristiano un reto a su voluntad y su espíritu. Si comprendemos los elementos

y principios básicos, quizá podremos aguantar la defunción de la tierra --o, por lo menos, no adelantarla-- y a la vez actuar cristianamente dentro de nuestras circunstancias.

Una agenda de concientización

Si se me pidiera bosquejar “la agenda misionológica” por la que estoy abogando, lo haría probablemente en la siguiente lista de convicciones prestadas de un reciente libro mío.

8

Presentan en resumen mis creencias fundamentales acerca del medio ambiente, desde una perspectiva cristiana.

1. Primero, por el acto creativo de Dios existe un equilibrio delicado entre la materia y la energía solar. Es esto lo que hace sustentable la vida en la tierra. Esto es el secreto de la bellísima creación de Dios.

2. Con mucha facilidad pueden los humanos estorbar ese equilibrio, empujando nuestro planeta hacia un estado de sobrecarga y desastre. De hecho, esto es precisamente lo que ha ocurrido

durante los siglos de la existencia humana sobre el globo terráqueo.

3. Podemos culpar al pecado de nuestro desequilibrio destructivo: la desobediencia de los mandatos de Dios, la negligencia de sus asignaciones, la falta de amor y respeto para con su creación, el descuido, la avaricia y el aprovechamiento egoísta de los recursos planetarios.

4. La crisis del medio ambiente, percibida desde hace muchos años por los científicos, ya no es una serie de carestías y contaminaciones regionales, sino es global y universal en su impacto, lo que requiere una atención tanto mundial e internacional como también concertada.

5. Como ocurre con una enfermedad complicada, el deterioro del medio ambiente es para cualquier persona difícil de comprender, definir o diagnosticar y la cura es todavía más elusiva. Pero hay muchas cosas que sí se pueden hacer --algunas se hacen ya-- para aliviar la enfermedad ecológica de la tierra. Estos objetivos necesitan perseguirse en todo nivel: acuerdos internacionales, reglamentos responsables de gobiernos, programas institucionales (iglesia y escuela) y modalidades de vida individuales.

6. La iglesia cristiana, frente a este reto, debe reconocer la necesidad de efectuar una toma de conciencia ambiental dentro de sus feligreses y de incorporarla en su misión mundial. De ninguna manera implica esto algún abandono de su mandato de evangelizar. Al contrario, simplemente proporciona a la prioridad evangelizadora un punto de partida más bíblico y equilibrado.

7. Desde una perspectiva estrictamente misionológica, nosotros los cristianos debemos estar listos a:

Modelar una vida moderada y dedicada al cuidado de los pobres, tal como Jesucristo viviría entre nosotros hoy.

Saturar nuestros programas de desarrollo (entre los más pobres de la tierra) con una conciencia ecológica y con principios y acciones que son ambientalmente sanos.

Reconocer la conexión que anuncia la Biblia entre la justicia social y la fecundidad de la tierra, y cambiar las políticas destructivas y las estructuras y prácticas inadecuadas que hoy caracterizan nuestras culturas y gobiernos.

Incorporar en el entrenamiento de nuestros ministros, misioneros y líderes eclesiásticos una comprensión adecuada de lo que es una ecología cristiana. Una encuesta reciente de unos doscientos seminarios en todo el mundo indica que ninguno de ellos considera que el ambiente es un tema crítico para la teología. Obviamente, tiene que cambiarse semejante actitud si los

9

evangélicos hemos de contar con un liderazgo instruido e informado.

Una exhortación final (no de este servidor sino de Cristo mismo)

El Señor Dios es nuestro Creador y quien sostiene toda vida por su palabra. Nuestra responsabilidad es de “esperar y orar”: esperar los signos del retorno de Cristo y del fin de este mundo, y orar para que nos tenga misericordia, salvándonos del juicio que traerá ese día. En la Biblia, “esperar y orar” siempre significa una actitud de expectativa no pasiva, sino activista. Ojalá que a su venida el Señor nos encuentre obedientes y fieles mayordomos de todo lo que nos ha encomendado.

Cuando Jesús habló con sus discípulos acerca de las “guerras ... y hambrunas y terremotos en muchos lugares”, de acuerdo con los evangelios, él agregó también estas palabras:

Así también vosotros, cuando veais todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas.

De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Mt. 24.33-35).

¡Mirad hacia arriba: el reino de Dios está a la puerta!

Notas

1 UNCED (o sea la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo), Rio de Janeiro, Brasil, 3 a 14 de junio de 1992.

2 *Pacto de Lausana*, formulado por el Congreso Internacional de Evangelización Mundial, patrocinado por la Asociación Evangelística Billy Graham y llevado a cabo en Lausana (Suiza), en julio de 1974. El *Pacto* se ha constituido en el documento básico de un amplio consenso evangélico de cristianos, caracterizados por una inclinación misionera y una predisposición a la evangelización. Redactado por líderes evangélicos de la calidad de John Stott, de Londres (Inglaterra), el *Pacto* se ha ajustado posteriormente para acomodar expresiones aún más específicas de la responsabilidad social de la iglesia, pero todavía no alcanza el nivel de la *Declaración de Oxford sobre fe cristiana y economía política*. El *Pacto de Lausana* fue publicado en *Misión*, vol. 2, nº 2, abril-junio de 1983, pp. 36-39. La *Declaración de Oxford* apareció en *Boletín teológico* 55, abril de 1993, pp. 30-50.

3 Eugene P. Odum, citado en una conferencia que dio C. T. Dyrness, de Albany, Oregón (Estados Unidos), el 13 de abril de 1993, en el Seminario Teológico de Fuller, Pasadena, California (Estados Unidos).

4 Thomas Robert Malthus, *Primer ensayo sobre la población*, Alianza, Madrid, 1966. Siendo sociólogo y ministro cristiano, Malthus tenía treinta años cuando escribió su ensayo hacia fines del siglo 18. Nacieron sus conceptos en el pensamiento tanto de Jean-Jacques Rousseau como de David Hume, ambos amigos de su padre y huéspedes frecuentes en el hogar de los Malthus.

5 Paul Ehrlich, biólogo de la Universidad de Stanford, escribió *The Population Bomb* (La bomba de población) y otras obras ecológicas y demográficas.

6 Dennis L. Meadows, et. al., *The Limits to Growth. A Report for the Club of Rome's Project on the Predicament of Mankind* (Los límites al crecimiento. Un informe al Club de Roma en relación con su proyecto sobre la difícil situación de la humanidad), Universe, Nueva York, 1972.

7 Al Gore, *Earth in the Balance: Ecology and the Human Spirit* (La tierra en equilibrio: la ecología y el espíritu humano), Houghton Mifflin Co., Nueva York, 1992, p. 31.

8 W. Dayton Roberts, *Patching God's Garment: Enviroment and Mission in the 21st Century* (Parches en la vestidura de Dios: ambiente y misión en el siglo veintiuno), MARC, Monrovia (California), 1994, pp. 147-148.

9 Véase un estudio inédito de Cristina Accornero, *Issues in Missiological Education* (Tendencias en la educación misionológica), Facultad de la Misión Mundial, Seminario Teológico Fuller, 1993. Ella hizo a las instituciones esta pregunta: "¿Cuáles son los asuntos de más importancia en la educación misionológica hoy en la parte del mundo en donde [Uds.] se encuentran o en el desarrollo de líderes en misiones?" Como podría anticiparse las respuestas enfocaban los temas de contextualización e integración en la misión, aunque también se hizo mención de la misión holística y de las preocupaciones sociopolíticas. Lo que más se aproximaba a la concientización sobre el medio ambiente fue el deseo de tener cursos prácticos en las instituciones africanas: proyectos de ganadería, agricultura, de tierras secas y de carpintería.

Fundación Kairós ...al Servicio del Reino de Dios y su Justicia